



La investigación de las subjetividades políticas de los jóvenes a partir de las representaciones sociales y los imaginarios colectivos

Autores: José Rubén Castillo García¹
Nicolás Duque Buitrago²

Resumen:

La presente ponencia tiene como punto de partida lo expresado por Reguillo (2000), cuando plantea la importancia de estudiar a los “incorporados”, refiriéndose a los jóvenes estudiantes universitarios, ella indica que la investigación acerca de este sector de la población, y quizás de otros, debe contar con lo cultural, en sus propios términos:

“Lo cultural tiene hoy un papel protagónico en todas las esferas de la vida. Puede aventurarse la afirmación de que se ha constituido en un espacio al que se han subordinado las demás esferas constitutivas de las identidades juveniles. Es en el ámbito de los significados, los bienes y los productos culturales donde el sujeto juvenil adquiere sus distintas especificidades y donde despliega su visibilidad como actor situado socialmente con esquemas de representación que configuran campos de acción diferenciados.”

Con base en lo anterior, el documento se refiere a las implicaciones de la cultura cuando se trata de indagar acerca de las prácticas sociales y políticas de los colectivos humanos, teniendo como base que ellos tienen relación directa con las condiciones históricas

¹ Docente investigador del Departamento de Ciencias Humanas de la Universidad Autónoma de Manizales (Colombia), Trabajador Social, Magíster en Desarrollo Educativo y Social y Doctor en ciencias sociales, niñez y juventud, miembro del grupo de investigación en “Ética y Política” de la Universidad Autónoma de Manizales. Editor de la revista ÁNFORA. Dirección electrónica: jorca@autonoma.edu.co y jorca53@gmail.com.

² Docente del Departamento de Ciencias Humanas de la Universidad Autónoma de Manizales (Colombia), Editor Universidad Autónoma de Manizales, profesional en Filosofía, estudiante de Maestría en Filosofía con tesis en curso, miembro del grupo de investigación en “Ética y política” de la Universidad Autónoma de Manizales. Dirección electrónica nduque@autonoma.edu.co

(políticas, sociales, económicas y culturales) en que se ejerce la vida en dichos colectivos. Estas vivencias se hayan referidas a las circunstancias de la vida cotidiana. En razón de esto, las presentes reflexiones centran su interés en visibilizar la configuración de las prácticas políticas de los colectivos humanos miradas con el marco de sus expresiones culturales. Desde ahí se presentan algunas evidencias acerca de la aplicabilidad de la presente propuesta.

Además, el contenido del documento expresa una referencia acerca del papel que cumple la vida cotidiana en calidad de escenario, donde se ejercen las vivencias de las personas y de los colectivos, dado que es el espacio donde se elaboran la existencia y se producen las experiencias. Ésta se convierte en un referente importante para visibilizar múltiples procesos de intercambio, incluidos los significados y las relaciones sociales.

El ejercicio de la vida cotidiana está respaldado en las formas de ver y de comprender el mundo, y en ello juega un papel muy importante los imaginarios colectivos y las representaciones sociales, es decir, allí se conjugan el universo de los significados y de los sentidos de vida en los cuales están inserta las acciones humanas. En general, la vida cotidiana es un espacio donde comunicativamente reina el *sentido común*, es decir, que se asumen como ciertos los supuestos culturales que deambulan en los colectivos humanos.

Este es el ámbito donde ocurre y transcurre la vida normal de los seres humanos. Al respecto Reguillo (2000: 1), nos invita a estudiar el asunto desde un enfoque socio cultural puesto que según ella, “*El enfoque sociocultural implica, entonces, historicidad, es decir miradas de largo plazo y, necesariamente, una problematización que atienda lo instituyente, lo instituido y el movimiento*”. Ese es el marco y fundamento de la vida cotidiana, de las prácticas sociales y las prácticas de índole política que realizan los diferentes sectores de población, cuando se desenvuelven en sociedad.

Por lo anterior, las *prácticas sociales* en general y las *prácticas políticas* se convierten en una referencia importante para comprender los vínculos que establecen los sujetos humanos en el mundo de la vida. Para la *lectura de las prácticas* se propone que se tenga en cuenta la mirada sobre varios aspectos que apuntan identificar las

representaciones sociales que utilizan las personas para dar cuenta de la realidad y a su vez dan la posibilidad de penetrar en los significados y sentidos de los imaginarios colectivos en que éstas se fundamentan.

Esta última mirada, se trata en el documento para efectos sustentar la importancia que ellos tienen al momento de buscar los sentidos y las significaciones que sirven de ordenamiento a la realidad social. Este ámbito trasciende lo visible, lo tangible, y centra su atención en lo significable. En otras palabras, y de acuerdo con Hurtado (2007: 68)

(...) al asumir los imaginarios colectivos como las matrices de sentido desde las cuales los sujetos sociales configuran la(s) realidad (es) social(es), se hace necesario develar esos sentidos y optar por metodologías que le apuesten a la comprensión de sentido.

A este tipo de conocimiento, el que tiene que ver con los imaginarios colectivos y con las representaciones sociales, se le está dando cada vez más importancia por parte de los investigadores e investigadoras sociales, dado que a partir de éstos contenidos se pueden descubrir los mundos de significado que subyacen a las prácticas y expresiones que elaboran los individuos, y que llegan a ser importantes cuando se trata de comprender los sentidos de vida que circulan en la sociedad.

Ello nos ubica en la preocupación acerca de ¿cómo vincular en los procesos de investigación sobre las prácticas políticas en los colectivos humanos, las indagaciones en torno de las representaciones sociales y los imaginarios colectivos?. Esta es la razón que orienta la presente ponencia.

Preámbulo

Nuestras reflexiones se enmarcan en los estudios que actualmente se realizan acerca de los jóvenes y específicamente de los universitarios. Para aproximarnos al estudio de los jóvenes y de sus prácticas políticas asumimos que es necesario comenzar por la consideración de ciertos aspectos culturales. En lo dicho nos apoyamos en lo indicado por Reguillo (2000), cuando expresa que las investigaciones que han venido desarrollando en estos colectivos se han caracterizado porque los jóvenes “incorporados”, son dispersos y escasos.

Además, partimos de la consideración que los estudios sobre la condición juvenil en América Latina emergen hacia la década de los 80. En un principio, estos estudios buscaban identificar las especificidades de esta nueva categoría social. Herrera y otros (2005) indican que en ese momento los estudios se caracterizaron por ser descriptivos y que luego fueron pasando paulatinamente a lo que hoy se denominan estudios culturales. Luego podemos evidenciar que en el transcurrir de estas investigaciones se presentan dos tendencias: 1) descripciones y explicaciones de la realidad juvenil, 2) los que buscan conocer las subjetividades.

Actualmente se destacan aquellos que se acercan a estudiar los patrones culturales a partir de las prácticas sociales de los jóvenes, puesto que consideran que desde allí se pueden comprender los saberes que fundamentan las identidades y las culturas juveniles. Además, se evidencia que se orientan por el interés por trascender los enfoques descriptivos y contextualizar a los jóvenes en las condiciones que les depara el mundo de la vida.

Nuestra postura es la de ubicarnos en el marco de los estudios culturales, desde los cuales se interpretan de manera comprensiva los asuntos de los jóvenes. Se trata de tener en cuenta su historicidad, teniendo como fundamento el acercamiento al conjunto de significados en que se enmarca su existencia. Para ello, es imprescindible que nos acerquemos al asunto teniendo en cuenta los ámbitos que se insertan al mundo de la vida desde la cultura, allí se encuentran asuntos que tocan directamente con los imaginarios colectivos y las representaciones sociales, conceptos centrales de este trabajo

La cultura integra tanto los imaginarios colectivos como las representaciones sociales, conceptos centrales en este trabajo. Estudiosos de la acción colectiva como Reguillo ya han sugerido que para entender las prácticas sociales y políticas de los jóvenes, es preciso servirse del conjunto de significados que nos ofrece la cultura:

Lo cultural –dice Reguillo– tiene hoy un papel protagónico en todas las esferas de la vida. Puede aventurarse la afirmación de que se ha constituido en un espacio al que se han subordinado las demás esferas constitutivas de las identidades juveniles. Es en el ámbito de los significados, los bienes y los productos culturales donde el sujeto juvenil adquiere sus distintas especificidades y donde despliega su visibilidad como actor situado socialmente con esquemas de representación que configuran campos de acción diferenciados. (Itálicas añadidas)

Para delimitar el campo de esta investigación hemos considerado necesario darle un horizonte que se circunscribe a la cultura y centra la indagación en la explicitación de dos puntos. (1) La diferencia y relación que hay entre representaciones sociales e imaginarios colectivos y (2) La razón por la cual los imaginarios colectivos y las representaciones están a la base de las prácticas sociales y políticas de los colectivos humanos juveniles.

1. Imaginarios colectivos y representaciones sociales

Entendemos por **imaginarios colectivos**, componentes que hacen parte de los conjuntos de significados, que trascienden los símbolos, son de carácter intemporal, universal y se hallan disponibles en la cultura. Los imaginarios colectivos pueden ser usados como formas de pensar y configurar la realidad social en una sociedad particular. Los imaginarios están presentes en las formas de concebir los mundos en las diferentes sociedades. Los imaginarios colectivos se perciben en la realidad empírica cuando se materializan en productos concretos de alguna cultura en momentos históricos específicos. Son los marcos de significado presentes en la herencia histórica y cultural dispuestos a ser movilizados o inmovilizados en ciertos momentos del tiempo. Es importante resaltar que los imaginarios son colectivos porque trascienden lo individual y se ubican en la generalidad de la cultura.

Dado que los imaginarios están disponibles en la cultura pueden ser interiorizados y usados en la vida cotidiana de los sujetos, y hace parte de los sistemas de significados instituidos. En general, los imaginarios le sirven a los sujetos para ordenar su vida práctica y para moldear su carácter tanto como para identificarse en torno a lo que muchas veces se llama un “ideal”. Los imaginarios, como los ideales, son variables y conocen unos momentos de vigencia y otros de relativa indiferencia.

En un estudio de las prácticas políticas es necesario considerar la influencia y el lugar de los imaginarios pues al ser recursos culturalmente disponibles están a la base de prácticas políticas y de acciones colectivas, dado que ellas se fundamentan y adquieren sentido por los mencionados imaginarios. Es más, muchas de esas acciones podrían comprenderse, en razón del significado que tienen dichas prácticas. Como dice Hurtado:

(...) al asumir los imaginarios colectivos como las matrices de sentido desde las cuales los sujetos sociales configuran la(s) realidad (es) social(es), se hace necesario develar esos sentidos y optar por metodologías que le apuesten a la comprensión de sentido. (Hurtado, 2007 p. 68)

Quisiéramos aclarar que los imaginarios colectivos están por fuera del mundo empírico, son instituyentes y deambulan en la vida cotidiana porque en ella están instituidos: hacen parte de la imaginación colectiva, de las ideologías, de las utopías y de los mitos fundacionales de las culturas. De hecho podrían considerarse como historietas universales o arquetipos que se repiten con sutiles y superficiales variaciones en diversas sociedades, pero que conservan intactas sus tramas narrativas que son definidas y repetibles como las de los cuentos infantiles clásicos.

Al respecto, Georges Balandier en *El poder en escenas* ha desarrollado una idea similar que podría servirnos de ejemplo. Para Balandier todas las manifestaciones de la existencia social tienen un estrato teatral irreductible. Las acciones sociales en este sentido se producen por la enunciación pero especialmente por la “acción” de los actores que logran movilizar marcos narrativos muy genéricos que los destinatarios en la sociedad parecen poder interpretar e identificar fácilmente. Balandier tiene un

ejemplo especialmente interesante relacionado con la importancia y la influencia de Maquiavelo en la movilización de un imaginario:

(...) Maquiavelo intenta interpretar este fenómeno insólito –al menos en relación con el medio florentino de finales del siglo XV– que implica la dictadura de Savonarola. El ejemplo no puede ser más demostrativo. Nada, en efecto, parecía favorecer el éxito de este monje dominico exaltado, que llegó a convertirse en el solitario artesano de una revolución social, económica y política. Aparece, “inspirado por Dios”, en una ciudad conquistada por el ateísmo. Predica y moraliza. Habla de lo que debe ser “el gobierno natural de Florencia”. Decreta y ejerce su dominio sin tomar parte directamente en la vida política a través de sus instituciones. Savonarola moviliza al pueblo, encuentra, un apoyo en las artes, organiza una propaganda que concita la adhesión y la formación de “nuevos ciudadanos”. Es hábil en dramatizar, en suscitar puestas en escena en la calle: le da la vuelta al Carnaval, a fin de hacer de él un instrumento de moralización; hace transformar las canciones libertinas en himnos de la “milicia de la virtud”; populariza las hogueras de la vanidad para quemar en ellas los signos de lujo y, con ellos, el mal. Pero el gran juego de las apariencias se sitúa en otro plano. La religión es puesta al servicio de una transformación política total.

Florencia es colocada bajo el reino de Cristo y el monje inspirado, “embajador de la Virgen”, convierte su profecía en programa. Construye una ciudad divina, la muestra ya allí, su predicación transforma lo imaginario en presencia. (Balandier, 1994, p. 17)

El poder que se despliega es un poder engendrado en la imaginación, y el efecto mágico, consiste en transformar lo imaginario en presencia y cobra sentido cuando la presencia es significable desde lo imaginario. Pero más allá de la afirmación de Balandier es preciso comprender la presencia de lo imaginario: el enemigo hipotético termina por existir pero, en efecto, es un imaginario que existe en gracia de una especie de óptica colectiva que lo usa como un espejo. En el caso de Maquiavelo, y muchos casos similares, los escenarios y los personajes hay una procedencia tan genérica que puede ser entendida fácilmente con el recurso de significados disponibles en una tradición. El caso de Savonarola es uno entre tantos que podrían repetirse infinitas veces en infinitas sociedades. La realización de una ciudad ideal estaba también presente en Platón y sus viajes a Sicilia y Siracusa y su ideal del rey filósofo, así como

en San Agustín y su ciudad de Dios, de la misma forma como podría aparecer de nuevo en el caso en que algún nuevo elegido lograra hacer posible la idea de una refundación nacional y reactivara la imaginación política en ese sentido. Se suele presentar como el imaginario del salvador que ha venido a liberar a los hombres de un mundo de ruina, de ignorancia, de pecado o de terror y que, además de ser un salvador, es el único salvador posible frente a peligrosas bestias distractoras o traidoras. Balandier defiende y desarrolla a lo largo de su obra una idea sugestiva con la que estamos ciertamente de acuerdo y que resulta muy útil al momento de entender la relevancia del estudio de los imaginarios: “Todo sistema de poder es un dispositivo destinado a producir efectos, entre ellos los comparables a las ilusiones de la tramoya teatral”. (p. 16)

Por su parte Cornelius Castoriadis en *El imaginario social instituyente*, así como en múltiples entrevistas y ensayos, advertía acerca de la aparente dificultad de aceptar un imaginario, a la vez que hacía sus reflexiones para explicar mejor lo que se nos ha hecho urgente: saber por qué hay que comprender la presencia del imaginario en la sociedad. Decía Castoriadis que aunque no podamos someter la imaginación a un análisis físico o microscópico, todo ser humano sensato acepta que tiene imaginación sin dudarlo. De hecho es una facultad explorada de manera muy común por filósofos y psicólogos de toda modernidad. En esta misma vía podría sostenerse que podríamos suponer que hay un imaginario social por la presencia de ciertos relatos fundacionales a todas las sociedades.

Para Castoriadis, en principio, los individuos de una sociedad son la encarnación del todo de instituciones y de significaciones presentes en la sociedad y disponibles antes de la individualización de los miembros de la sociedad:

Los individuos socializados son fragmentos hablantes y caminantes de una sociedad dada; y son fragmentos *totales*; es decir que encarnan –en parte efectivamente, en parte potencialmente– el núcleo esencial de las instituciones y de las significaciones de su sociedad. No hay oposición entre el individuo y la sociedad, el individuo es una creación social, a la vez en tanto tal y en su forma social histórica dada cada vez. (Castoriadis, 1997, p. 4)

La conexión entre individuo e imaginario se debe a que el individuo se conecta con algo del orden pre-individual y trans-individual que lo hace posible: la historia, las instituciones y los significados. El individuo antes que oponerse a la sociedad es un producto de la sociedad. Castoriadis muestra que toda sociedad es auto-creación y que la pregunta por un supuesto origen de la sociedad se hunde en las profundidades de un abismo pues las significaciones primarias están engarzadas en lo intemporal y lo colectivo (entendido como lo trans-individual). Castoriadis niega que podamos explicar la emergencia de significaciones primarias como el Dios hebreo y como la polis griega y las hace coetáneas a la existencia misma de la sociedad. Ninguno de esos productos pre-existe, sin embargo, a la sociedad misma pero resultan, a la vez, fundacionales, fundantes y finitos. Castoriadis tiene una imagen predilecta para explicar esto: una sociedad se halla cerrada en el sentido algebraico del término pues “Toda ecuación que puede ser escrita en ese cuerpo admite una solución con elementos de ese cuerpo.”

Este estrato fundacional y fundante permite suponer una institución imaginaria de la sociedad que se puede agrupar bajo la idea de un “imaginario social” que nutre, de manera muy misteriosa por cierto, a una sociedad que siempre es histórica y se encuentra en un proceso imperceptible de auto-alteración. Esto conduce a Castoriadis a la pregunta por la identidad de una sociedad. Cuando se abre la pregunta por la identidad, se abre también la posibilidad de ahondar en el imaginario primigenio. Incluso parece que las preguntas por la identidad remitieran de inmediato a ese estrato trans-individual, pues la identidad no es la identidad de un ahora, sino una identidad extendida en el tiempo:

La pregunta acerca de una identidad diacrónica de una sociedad, la cuestión de saber cuándo (sic) una sociedad deja de ser la misma y deviene otra es una pregunta histórica concreta a la cual la lógica habitual no puede ofrecer respuesta (...).

Como no son producibles causalmente, ni deducibles racionalmente, las instituciones y las significaciones imaginarias sociales de cada sociedad son creaciones libres e inmotivadas del colectivo anónimo concernido. (Castoriadis, 1997, p. 5)

Para conectar con el imaginario es preciso explorar las potencialidades del lenguaje. El lenguaje en cuanto código se muestra como instrumento unívoco, referencial e informativo. Pero el lenguaje en tanto función poética conduce a las significaciones imaginarias. Castoriadis tiene un ejemplo famoso. Una simple tautología como un gato es un gato se diferencia claramente de una afirmación claramente significativa en nuestra cultura: Dios es una persona en tres. Las instituciones que salvaguardan estos imaginarios le dan un sentido que el individuo encarna. Este sentido entraña tanto un sentido religioso, como un sentido de la existencia y la vida. Es tanto la forma en la que de manera imperceptible el pasado se ve alterando por su re-intrepretación como la evidencia de cómo se dan las significaciones imaginarias del presente.

Por su parte las **representaciones sociales** tienen un carácter temporal y variable. Se manifiestan en las *opiniones*, las *creencias*, los *ritos*, las *máximas* y *proverbios* que, sabemos, y antes que ser arquetipos o imaginarios intemporales, son variables. Para ponerlo en otros términos las representaciones son la objetivación de nuestras formas de pensar, así como de la expresión directa de los acontecimientos sociales, mientras los imaginarios son el sustrato constante, como lo explica Castoriadis, al que pueden referirse las representaciones sociales pero que están más allá de una sociedad particular y se encuentran en la auto-institución de toda sociedad. Para seguir en esa misma vía podría decirse que la representación puede extrapolarse al imaginario con la ventaja de que podemos saber, por casos concretos, de qué forma se han comportado esos imaginarios cuando se han convertido en representaciones.

Cuando, por ejemplo la historia que cuenta el mencionado Balandier, se ha encarnado en algún actor “x” de nuestra sociedad que logra reactivar el imaginario del salvador. Por eso decimos que las representaciones se refieren a acontecimientos que se dan en el mundo de la vida y en la experiencia, más que a ideales complejos como los que plantean los imaginarios. Para decirlo de otro modo, las representaciones sociales cumplen la función de hacer visible y accesible todo aquello que los seres humanos hemos incorporado en nuestros pensamientos, a partir de nuestras vivencias y experiencias individuales y sociales, pero en contextos definidos, que funcionan como elementos de signos y de símbolos, mientras que los imaginarios se mueven en los significados y en los sentidos que deambulan en el mundo de la cultura.

Luego de esta muy breve y ligera distinción entre imaginarios colectivos y las representaciones sociales, quisiéramos mostrar qué lugar ocupan los imaginarios colectivos y las representaciones sociales en las prácticas políticas.

2. los imaginarios colectivos y las representaciones y su relación con las prácticas sociales y políticas de los colectivos humanos.

Como hemos venido advirtiendo el escenario en el cual se desenvuelven y cobran vigencia los imaginarios colectivos y las representaciones sociales es la vida cotidiana, dado que en ella, la existencia humana se expresa en sus relaciones e interacciones, se evidencia en los “discursos” y “acciones comunicativas” que allí se producen.

Comencemos diciendo que los discursos cotidianos, que podemos denominar “comunicación diaria”, se hacen diferentes de los discursos racionales, quizás denominados “discursos críticos”. Vale recordar que en la vida cotidiana se utiliza un tipo de lenguaje que se apoya en la buscar la garantía de la subsistencia de los sujetos y por ende se respalda en referirse a sus necesidades inmediatas. El discurso racional, quizás crítico, requiere de que se trascienda este tipo de comunicación, efectos de adentrarse en inferencias genéricas, explicativas y/o comprensivas de los aconteceres de la realidad. A propósito de esto Moser ha dicho:

(...) distinguimos entre la comunicación diaria y el discurso (...) el comportamiento comunicativo como una actividad diaria no es nada distinto a nuestras charlas corrientes o conversaciones en las cuales damos por sentadas las reglas y normas que guían nuestro comportamiento comunicativo. En oposición a esto, el “**discurso**” –tal como se define en la filosofía alemana– significa una manera de comunicación donde se trata de cuestionar la realidad social existente, sus reglas construidas interiormente, las normas y los prejuicios. En un discurso tratamos de revelar la estructura contradictoria de nuestro mundo común con el fin de elaborar las posibilidades de cambiarlo. (Moser, 1978, p. 124)

El “discurso”, en el sentido crítico también podría asociarse a lo que Habermas llamó “acción comunicativa” pues hace posible expresar los intereses, valores y significados que acompañan a los sujetos en su recorrer por la vida. Por otro lado el “discurso”,

también podría pensarse a la comunicación estructurada que podría ubicarse en las preocupaciones por la búsqueda de la verdad, y quizás pretensiones de científicidad. En otras palabras, se diría que corresponde a:

(...) esa forma de comunicación alejada de los contextos de la experiencia y la acción cuya estructura nos asegura: que la condición de validez de las afirmaciones, recomendaciones o advertencias constituye el objeto exclusivo de la discusión; que los participantes, temas y aportaciones no conocen otro límite que el que se refiere a la meta de la comprobación de la validez en cuestión; que no se ejerce fuerza alguna salvo la de un argumento mejor; y que se excluyen todos los motivos excepto el de la búsqueda cooperativa de la verdad.

En razón de lo indicado, para conocer la realidad en la cual nos desenvolvemos, nos planteamos la necesidad proponer procesos en los cuales la indagación acerca de las prácticas políticas y las prácticas sociales, nos lleve a acercarnos a las circunstancias en que se desenvuelve la vida cotidiana de los colectivos. Allí en los marcos de las interacciones, las comunicaciones y los intercambios colectivos, el escenario en que se deambula corresponde a las expresiones culturales. En ello, se requiere acercarse a la búsqueda de las representaciones sociales y a las significaciones que le dan sentido a los comportamientos de los colectivos según sea la realidad en la cual se desenvuelven. Ello es posible si se logra indagar en una línea que conduzca a referirse a los imaginarios colectivos.

El medio por el cual podemos entrar al estudio de las representaciones sociales y los imaginarios colectivos es a partir del lenguaje y la comunicación. En esta vía podemos remitirnos, de nuevo, a la relación entre los imaginarios y las representaciones. Con el lenguaje podemos representarnos el mundo y referirnos a él, pero no es suficiente con la representación pues el discurso puede llevarse más allá de su supuesta función informativa hasta la comprensión de los mundos de sentidos que se poetizan. Es a partir de ahí que se puede acceder a las comprensiones en torno a las realidades a las cuales se busca hacer referencia.

Lectura de las Prácticas sociales y políticas desde la vida cotidiana

Como hemos venido destacando la vida cotidiana y la cultura son el marco en el que se dan los imaginarios y las representaciones a los que aludimos. Es preciso destacar que la vida no se desarrolla por fuera de la cotidianidad y de los horizontes trans-individuales de la humanización y del colectivo social.

Los “actores” que estudiamos están dentro del mundo de la vida y lejos de parecer algún tipo de abstracción. Al ubicarlos en el mundo de la vida podemos hacer visibles las esferas en las que se desenvuelven. Comúnmente reconocemos una esfera *social* en la que se dan las relaciones con otros individuos, una esfera cultural que integra las formas de ser, pensar, sentir y actuar, una esfera *personal* que hace referencia a la significación como seres particulares y únicos, una esfera *económica* que hace referencia a la subsistencia y, por último, una esfera *política* que tiene que ver con la vida colectiva orientada a la toma de decisiones.

La consideración de la realidad puede reducirse a dos dimensiones, ambas igualmente importantes: una dimensión *objetiva* que hace referencia a la base material, desde la cual se perciben las condiciones de existencia, y una dimensión *subjetiva* que comprende los significados y que son el lugar desde el que se definen las necesidades. Estas dos dimensiones forman la interacción con la que los sujetos humanos hacemos presencia en el *mundo de la vida*. Pero también son la base de la que partimos para comprender el mundo colectivo y compartido que da origen a la indagación en el fondo de las representaciones y los imaginarios.

Si como nos dice Castoriadis la sociedad es auto-creación, los colectivos sociales nacen en ese horizonte meta-estable de la constante e imperceptible variación de los imaginarios. El estudio de los mundos que viven los colectivos hacen referencia a esa posible variación imperceptible que, de repente, puede estallar en una variación real y crear cambios en la representación social. Es en este sentido en el que hay que recrear el modo en que cada uno de los colectivos se construye y significa sus propios procesos de autoidentificación y de construcción social. En términos de Reguillo, refiriéndose a los asuntos de los jóvenes (2000: 1), dice ella, que para el caso de las prácticas juveniles, habría que abordar el asunto desde una perspectiva sociocultural, que en sus propios términos implica:

Analizar, desde una perspectiva sociocultural, el ámbito de las prácticas juveniles,

hace visibles las relaciones entre estructuras y sujetos, entre control y formas de participación, entre el momento objetivo de la cultura y el momento subjetivo. Intentar comprender los modos en que cristalizan las representaciones, valores, normas, estilos, que animan a los colectivos juveniles, es una apuesta que busca romper con ciertos “esteticismos” y al mismo tiempo con esa mirada “epidemiológica” que ha pesado en las narrativas construidas alrededor y sobre los jóvenes.

El enfoque sociocultural implica, entonces, historicidad, es decir miradas de largo plazo y, necesariamente, una problematización que atienda lo instituyente, lo instituido y el movimiento.

Dado que el hombre está en una relación doble con su medio puede *internalizar* el contenido simbólico que la cultura le pone a disposición y, por el otro, puede *exteriorizar* su vida interior en una sociedad con el fin de influir en ella e incidiendo en el funcionamiento de su sociedad. Ambos procesos llevan a que el ser humano intervenga en doble dirección: 1) recibe los estímulos de la sociedad hacia cada persona, y 2) se proyecta hacia la sociedad. Esto permite concluir que la sociedad aporta elementos para configurar al individuo y que este a su vez aporta insumos para producir y reproducir la sociedad.

Los significados culturales no se dan por fuera de la historia y, en este sentido, el tipo de relaciones y de vínculo que emprendemos por las cosas tienen siempre un significado simbólico y cultural. Los significados culturales se expresan en los imaginarios colectivos y las representaciones sociales escenarios en los que se conjugan los significados y los sentidos de vida en los cuales está inserta toda acción del ser humano.

Para entender las condiciones bajo las cuales se configuran las prácticas y remontarse desde estas hacia las representaciones y los imaginarios es preciso enumerar una serie de condiciones necesarias que enmarcan dichas prácticas.

1. **La objetivación.** Las prácticas se objetivan y se expresan en conjuntos de actos. Estos actos se evidencian y hacen tangibles tanto en las acciones particulares como en las acciones colectivas de los individuos.

2. **Los estilos de acción.** Pueden definirse *formas o maneras* de realizar los actos así como hablar de *métodos y procedimientos* para realizar dichos actos. Esto incluye un estudio y posible clasificación de los *estilos* con los que proceden los practicantes.
3. **La repetición.** Los actos tanto como los estilos se *repiten* y, por tanto, se pueden entender por un lado como actos regulados y, por el otro, como actos predecibles en su forma de proceder. La repetición de actos del mismo tipo conduce a la costumbre y el hábito, manifestados tanto en acciones continuas como discontinuas.
4. **Escenificación vital.** El *escenario* en el que se ejecutan las prácticas sociales es immanente al mundo de la vida o la vida cotidiana. Esto quiere decir que no se configuran por fuera de la vida, sino que al contrario las prácticas se organizan en lo cotidiano y producen lógicas en lo cotidiano: formas de convivencia, hábitos y costumbres regulares.
5. **La acción.** Los *actores*, es decir, los sujetos que realizan las prácticas, incluyen los intereses, motivaciones y formas de ver el mundo que hacen parte de cada uno.
6. **El carácter.** El *carácter* de las prácticas deviene de cómo éstas se manifiestan, es decir, del tipo de lenguaje, discursos y narraciones a partir de los cuales se expresan las significaciones y los sentidos de las acciones.
7. **La configuración.** La *configuración* de las prácticas se estructura con base en reglas, lógicas y ordenamientos. Aparecen como fruto de esquemas de operaciones que dan coherencia a las acciones. Esas estructuras obedecen al tipo de actos individuales y colectivos, y además se hallan referidas a las situaciones que les sirven de marco.
8. **La intencionalidad.** Las prácticas son el resultado de las *intencionalidades, intereses, motivaciones y de los fines* que orientan esos modelos ordenadores de la realidad. Ellas evidencian las relaciones entre los individuos y la comunidad,

y permiten descubrir el ámbito de las ideologías, las cuales hacen parte de los imaginarios colectivos.

A manera de conclusión

Estas condiciones nos permitieron definir un perfil de grupos para el estudio de las prácticas políticas y sociales. Además, en su conjunto, responden y evidencian las formas de internalización y externalización del acervo simbólico y de significados presentes en la cultura. Es preciso resaltar que para el estudio de los colectivos es preciso tener en cuenta que: (1) las prácticas son inmanentes a la vida cotidiana y se expresan a partir del sentido común, (2) que las prácticas no se dan por fuera de condiciones históricas determinadas pues se enraízan en instancias sociales, políticas, económicas y culturales específicas, (3) que las relaciones sociales configuradas y atravesadas por expresiones de poder señalan el paso de las prácticas sociales a las prácticas políticas, (4) que tanto las prácticas sociales como las prácticas políticas están atravesadas por las representaciones sociales y los imaginarios colectivos y (5) que se puede ir de las representaciones a los imaginarios bien sea de los sujetos o de los grupos sociales.

Referencias bibliográficas

BALANDIER, George. (1994) *El poder en escenas. De la representación del poder al poder de la representación*. Barcelona: Paidós.

CASTORIADIS, Cornelius. (1997) *El imaginario social instituyente*. Zona Erógena N°35.

HERRERA, Martha Cecilia; PINILLA Díaz Alexis V.; INFANTE Acevedo Raúl; y DÍAZ Soler Carlos J. (2005). *La construcción de la cultura política en Colombia. Proyectos hegemónicos y resistencias culturales*. Universidad Pedagógica Nacional. 1ª. Edición.

Hurtado, D. R. (2007). *La configuración de significaciones imaginarias de deseo en jóvenes urbanos de la ciudad de Popayán*. Trabajo de grado para optar el título

de Doctor en Ciencias Sociales, Niñez y Juventud. Centro de Estudios
Avanzados en Niñez y Juventud. Manizales.

Reguillo, R. (2000). Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto.
Enciclopedia Latinoamericana de Sociocultura y Comunicación. Buenos Aires:
Norma